

## CANTO NOVENO

---

ARGUMENTO.—Va la Discordia en busca del Soldán y le incita á embestir durante la noche el campamento de los cruzados. Dios, que ve desde lo alto de los cielos las tentativas de los espíritus malignos, envía á la tierra al arcángel san Miguel. Privados entonces los infieles del apoyo del infierno, y atacados imprevistamente por los caballeros que Armida se había llevado tras de sí, desesperan de la victoria, y con el mismo Solimán se entregan á la fuga.

I

Mas ya las iras de la alzada gente  
viendo extinguidas la implacable Aletto,  
y que el querer de la inmutable mente  
no le es dado cambiar ni el gran decreto,  
parte, y deja á su paso de repente  
pálido el almo sol y el prado escueto,  
y en tropel de otras furias infernales  
nuevo daño prepara y nuevos males.

II

Ella, que del ejército cristiano,  
por arte de sus cómplices, sabía  
que era ausente Reinaldo y que lejano  
es Tancredo y la gente de valía,  
«¿Qué más se espera?», dice. Presto insano  
traiga aquí Solimán la guerra impía.  
De hueste que entre sí mal se concierta  
obtendremos (lo sé) victoria cierta.»

III

Dice, y vuela á do entre árabes errantes  
como caudillo Solimán demora,  
el mayor de los impios y arrogantes  
contrarios á la hueste redentora,  
aunque rebelde al cielo sus gigantes  
renovara la tierra luchadora.  
Este fué rey de turcos, y algún día  
desde Nicea su nación regia.

IV

Frente del griego mar se dilataba,  
del Meandro al Sangar que la confina,  
y el misio, el frigio, el lidio la habitaba  
y la gente del Ponto y la Bitina;  
pero luego que entró con furia brava  
por el Asia la hueste peregrina,  
vióse rendido á la cristiana empresa  
y en doble lid campal su tierra opresa.

V

Muchas veces movió de guerra el grito;  
mas por fuerza del reino al fin lanzado,  
del honor se amparó del rey de Egipto,  
que le acogió magnánimo en su estado;  
¡feliz que en guerras y marcial conflicto  
le ayudase tan inclito soldado,  
pues resuelto ya tiene á Palestina  
de la furia salvar franca y latina!

## VI

Mas antes que en espléndido decoro  
la guerra á sus comarcas anunciase,  
mandó que Solimán (y fuerza de oro  
dióle á ese fin) al árabe asoldase,  
y mientras él del Asia y pueblo moro  
las huestes junta en ordenada base,  
Solimán va atrayendo, y fácilmente,  
la siempre indócil mercenaria gente.

## VII

Hecho su jefe así, roba y domina  
la marca de Judea y su contorno,  
tal que del campamento á la marina  
del todo cierra el paso y el retorno,  
y de su imperio al recordar la ruina  
y la pasada rota y su bochorno,  
aunque incierto tal vez no las resuelve,  
más altas cosas en la mente vuelve.

## VIII

Aleto se le muestra en la figura  
de un conocido viejo ilustre y sabio.  
Su frente es sin color, rugosa y dura,  
desbarbada la faz, velludo el labio.  
Larga túnica viste, y toca obscura  
del tiempo en su cerviz cubre el agravio.  
En su escuálida mano el arco brilla,  
la aljaba al hombro, al flanco la cuchilla.

## IX

Y le dice: «¿Será que así corramos  
la estéril playa y arenal desierto  
donde ni presas dignas alcanzamos,  
ni honor, ni gloria en nuestro rumbo incierto?  
El muro, en tanto, vacilar miramos  
que Bullón con sus torres tiene abierto,  
y pronto hasta de aquí verán tus ojos  
los techos de Salem de llamas rojos.

## X

»Y por trofeo Solimán ¿no cuenta  
más que rebaño vil ó ardida choza?  
¿Así ganas el reino? ¿Así tu afrenta  
torpe inacción en aumentar se goza?  
¡Sus! Repentino al campo te presenta,  
y en nocturna sorpresa le destroza.  
En el consejo fía de tu Araste;  
pues ya rey, ya proscrito, le probaste.

## XI

»El franco no te aguarda, ni es atento  
al árabe desnudo y vagaroso:  
él no creará que al alto atrevimiento  
llegue un vulgo rapaz torpe y medroso,  
y osado habrá de hacerle tu ardimiento  
contra ese campo inerme y en reposo.»  
Dijo, y su furia le dejó encendida  
y huyóse entre los vientos confundida.

## XII

Grita el guerrero alzando la ímpia mano:  
«¡Oh tú, que de tan fiero ardor me llenas,  
y que mintiendo así semblante humano  
no eres mortal! Iré donde me ordenas:  
iré y haré montaña el que hoy es llano  
de moribundas huestes nazarenas:  
ríos de sangre haré. La hueste mía  
tú de la noche entre las sombras guía.»

## XIII

Calla, y sus hordas junta. Habla y reprende  
á la tribu que halló cobarde ó lenta,  
y en el ardor que le devora enciende  
la hueste toda á secundarle atenta.  
Suena Aleto la trompa, al aire tiende  
su propia mano la señal sangrienta,  
y el campo mueve tan veloz la planta,  
que de la fama al vuelo se adelanta.

## XIV

Después se aparta Aleto y se reviste  
de mensajero en hábito preciso,  
y en el punto en que el día turbio existe  
entre las sombras y la luz diviso  
entra en Solima, y por la turba triste  
rompe y le lleva al Rey el cierto aviso  
del gran campo que llega, y la hora y seña  
de la nocturna acción en que se empeña.

## XV

Mas ya extiende la noche fosco velo  
empapado en vapor caliginoso,  
y no ya riega el val nocturno hielo,  
mas rocío caliente y sanguinoso.  
En monstruos y prodigios arde el cielo;  
suena aullar de fantasmas doloroso.  
Vacío el Orco Plutón, lanzando fuera  
de sus sombra sin fin la copia entera.

## XVI

Con marcha en medio de ellas fatigosa,  
hacia los reales el Soldán camina,  
y cuando ya la noche pavorosa  
en carrera más rápida declina,  
á menos de una milla á do reposa  
sosegado el francés él se avvicina.  
Da aquí pasto á su gente, y desde un alto  
con esta voz la anima al crudo asalto:

## XVII

«Ahi los francos tenéis de robos llenos,  
que en un campo más célebre que fuerte,  
tal como el mar en sus voraces senos,  
guarda cuanta riqueza el Asia vierte.  
Pues bien, ese oro (y con peligro menos  
ser no puede) os ofrece hora la suerte.  
Sus corceles, su arnés de estima inmensa,  
son hoy vuestro botín, no su defensa.

## XVIII

»Ni es esta gente ya la que rendida  
 vió la cerviz del persa y del niceo;  
 porque en lucha tan varia y sostenida  
 cayó la antigua en el marcial empleo;  
 y aunque toda viviese, aquí dormida  
 y de armas circundada hora la veo.  
 Pronto es vencido el que se aduerme laso;  
 que del sueño á la muerte hay breve paso.

## XIX

»Venid, venid: yo os abriré el camino,  
 por entre muertos, que á las tiendas guía.  
 El arte fiero de matar contino  
 aprenda cada espada de la mía.  
 Al Asia libertad: muerte al latino,  
 y á vosotros honor dará este día.»  
 Así los mueve á la cercana lucha,  
 y marcha luego con cautela mucha.

## XX

Pronto de centinelas á su frente  
 el débil fuego entre las sombras luce;  
 que no (cual piensa de Bullón prudente)  
 ignota escuadra al campo se introduce.  
 Corren gritando aquéllas de repente,  
 al ver la turba inmensa que conduce,  
 y á la guardia primera dan alerta,  
 que á la lid se prepara, aun no despierta.

## XXI

Suenan aquí los bárbaros metales  
 los árabes al verse ya sentidos,  
 y entre choques y gritos infernales  
 retumban del corcel los relinchidos.  
 Mugen los altos montes y los vales,  
 el abismo responde á sus mugidos,  
 y la antorcha agitó del Flegetonte  
 dando Aleto señal á los del monte.

## XXII

Corre y llega el Soldán do se presenta  
 aun en desorden la falanje escasa;  
 y es tal su furia, que veloz tormenta  
 menos ligera por los montes pasa.  
 Río que de sus márgenes revienta,  
 rayo que chozas y árboles abrasa,  
 temblor que á las ciudades lleva el miedo,  
 son de tanto furor débil remedo.

## XXIII

No baja el fierro sin chocar; no choca  
 sin que hiera en los míseros de lleno,  
 y cada herida por horrenda boca  
 un alma saca del muriente seno.  
 Él finge que no siente ó no le toca  
 golpe alguno tal vez de brazo ajeno;  
 si bien en són de esquila el yelmo suena  
 y de chispas, batido, el aire llena.

## XXIV

Y cuando él solo ha casi en fuga puesto  
la primer gente de las francas haces,  
á modo llega de turbión funesto  
el tropel de los árabes rapaces.  
Entonces huye el escuadrón más presto,  
y el vencedor se mezcla á los fugaces,  
y con ellos traspasa la trinchera  
sembrando muerte y destrucción do quiera.

## XXV

El Soldán en el yelmo lleva horrendo  
dragón que sobre el dorso se levanta,  
y alza el cuello, las alas descogiendo  
y los nudos sin fin de su garganta.  
Parece que trilingüe va vertiendo  
lívida espuma, que su silbo espanta,  
y que al hervir las armas él se agita  
y fuego y humo sin cesar vomita.

## XXVI

Así fiero á la turba circunstante  
osténtase el indómito pagano.  
Tal se muestra de noche al navegante  
entre lampos el tímido Oceano.  
Unos dan á la fuga el pie tremante,  
otros al fierro intrépida la mano;  
y la sombra el tumulto favorece,  
y por cubrir el riesgo, el riesgo acrece.

## XXVII

Y Latino, campeón del Tibre amigo,  
es quien más bravo corre á la lid nueva,  
al cual ni de la edad rindió el castigo  
ni de combates mil la larga prueba.  
Do quier vaya á guerrear, siempre consigo  
cinco hijos suyos casi iguales lleva,  
con prematuro afán, de armas ingentes  
revistiendo sus miembros aun crecientes.

## XXVIII

Al verlos hora del paterno aliento  
dar clara muestra en el feroz combate,  
«Vamos, les dice, adonde aquél sangriento  
así los nuestros en su fuga abate;  
y no el triste y fierísimo escarmiento  
que allí está haciendo vuestras fuerzas ate;  
porque es, hijos, blasón humilde y bajo  
el que breve se alcanza y sin trabajo.»

## XXIX

Sus hijos saca así la madre torva,  
no dentados aun, de la honda breña,  
y sin que orne el marfil su garra corva  
ni apunte en su cerviz la rubia greña,  
lleva la prole, que en la lid le estorba,  
y á encrudecerse y destrozarse la enseña  
(¡ejemplo horrible!) al cazador mezquino  
que tras de corzo imbele al monte vino.

## XXX

De los cinco la escuadra aventurera  
el padre sigue y al Soldán alcanza,  
y cual si un solo pensamiento hubiera  
seis picas á la vez la hueste avanza.  
Aquí el mayor con prontitud guerrera  
para estrecharle más tira su lanza,  
y fía de su espada en el acierto  
que el corcel del contrario caiga muerto.

## XXXI

Mas cual peñasco que á la mar adusta  
contrasta el brío en escarpada orilla  
y al huracán la cólera robusta,  
firme en las bases de su eterna silla;  
así de Solimán la frente augusta  
serena, audaz contra las lanzas brilla,  
y ábrele á aquél que su caballo acecha,  
hasta entrambas mejillas honda brecha.

## XXXII

Aramante al hermano que declina  
dale piadoso el brazo y le detiene:  
¡vana piedad; que á la fraterna ruina  
solamente á añadir la propia viene!  
Solimán sobre el brazo el fierro inclina,  
y le abate, y al triste que sostiene.  
¡Caen, uniendo sus deformes bultos  
con la sangre los últimos singultos!

## XXXIII

Después la pica arroja destrozada  
con que el rapaz Sabino le atropella,  
y tal con su corcel le da pechada,  
que le derriba y le percude y huella.  
Del cuerpo jovencillo así apartada  
es el alma sufriendo; el alma bella,  
que el aura deja de naciente vida,  
toda de flores y de amor ceñida.

## XXXIV

Vivos quedan aún Pico y Laurente,  
que en un parto á su esposo dió María:  
¡similísimo par! y que frecuente  
dulce ocasión de engaño ser solía;  
mas si iguales en todo, diferente  
fin les reserva la batalla impía:  
¡horrible distinción!; que al uno arrasa  
el cuello; al otro el corazón traspasa.

## XXXV

El padre (¡ah no ya padre!) pues la suerte  
así su bien le roba todo junto,  
en esas cinco muertes ve su muerte  
y de su estirpe el porvenir difunto.  
Ni sé cómo vejez muestra tan fuerte,  
que en dolor tan atroz no espira al punto;  
mas pues vive y combate, los semblantes  
¡ay, no vió de sus hijos espirantes!

## XXXVI

La ímpia noche tal vez de sombras llena  
 á sus ojos robó la escena amarga.  
 Al triste, en tanto, aun la victoria es pena,  
 si no le quita del vivir la carga.  
 Pródigo de su sangre, de la ajena  
 ansia horrible y famélica le embarga;  
 ni cuál sea mayor su afán se advierte,  
 si de matar ó recibir la muerte.

## XXXVII

Y grita á su rival: «¿Conque mi aliento  
 y brio para ti tan débil pesa,  
 que con todo el furor que arrojo y siento  
 no alcanzo á provocar tu mente aviesa?»  
 Calla, y golpe le tira tan violento,  
 que fierro y malla á un tiempo le atraviesa,  
 y en el flanco le cala, y tibia y roja  
 por herida caudal la sangre arroja.

## XXXVIII

Á aquel grito, á aquel golpe, el turco fiero  
 contra Latino embiste ardiendo en ira;  
 le rompe el peto, y el pavés primero  
 do piel con siete vueltas bronca gira,  
 y en las entrañas clávale el acero.  
 El viejo un estertor del pecho espira,  
 y en alternado vómito provoca  
 por la herida la sangre y por la boca.

## XXXIX

Como en el Apenino egregia planta  
 que de Euro y Aquilón sufrió la guerra,  
 si al fin tormenta horrible la quebranta,  
 la grey de en torno con su ruina aterra;  
 así Latino cae con furia tanta,  
 que derriba con él á los que aferra.  
 ¡Fin noble y digno de varón tan fuerte,  
 la muerte recibir sembrando muerte!

## XL

Mientras el Soldán desfoga el odio interno  
 y amontona despojos inhumanos,  
 los árabes, cual furias del averno,  
 hacen destrozo inmenso en los cristianos.  
 El anglo Henrique, el bávaro Oliferno  
 de Draguto sucumben á las manos,  
 y á Filipo y Gilberto Aradín mata,  
 del Rin nacidos la margen grata.

## XLI

Á Engerlán de Algacel la espada ha muerto;  
 Albazar con la maza á Ernesto abate;  
 mas ¿quién podrá decir el modo incierto  
 con que espiran la plebe y el magnante?  
 Desde el primer bramido era despierto  
 Gofredo disponiéndose al combate:  
 hora armado, con planta presurosa  
 sale al frente de hueste numerosa.

## XLII

Quando él oyó la grito y el tumulto,  
del cual la noche duplicó los sonos,  
ya no dudó que repentino insulto  
era aquel de los árabes ladrones;  
pues al noble caudillo no era oculto  
que vagaban de Siria en las regiones;  
si bien pensar no pudo que la avara  
hueste fugaz acometerle osara.

## XLIII

Marchaba ya, cuando de pronto siente  
sonar la voz de alarma hacia el collado,  
y que horrible hasta el cielo de repente  
barbárico alarido ha resonado.  
Esta es Clorinda, que del rey la gente  
guía á las tiendas, con Argante al lado.  
A Güelfo allí cercano entonces vuelto  
Bullón, le dijo intrépido y resuelto:

## XLIV

«¿Oyes cuál nuevo estrépito de Marte  
retumba de esos cerros al abrigo?  
Allí yo aguardo que tu esfuerzo y arte  
dome el primer ardor del enemigo.  
Marcha y dispón y ordena en esa parte,  
y de esta mi legión lleva contigo.  
Elige á tu placer: yo con el resto  
á rechazar al árabe me apresto.»

## XLV

Esto pactado, á entrambos apadrina  
por sendero distinto igual fortuna.  
Güelfo va al cerro; el jefe á la colina,  
do el árabe no encuentra valla alguna.  
Mas Bullón mientras rápido camina  
siempre guerreros á su paso aduna,  
tal que ya poderoso y grande llega  
al campo que el Soldán en sangre anega.

## XLVI

Así recorre humilde el Po naciente  
la cuna del Eridano fecunda;  
mas lejos ya de la nativa fuente,  
riza el caudal en que soberbio abunda;  
y sobre el margen roto alza la frente  
y las campiñas arrogante inunda,  
y las olas adriáticas subleva,  
y guerra y no tributo al mar le lleva.

## XLVII

Bullón á do sus huestes pavoridas  
en fuga ve, se lanza y las reprende,  
y les grita: «¿Qué hacéis? ¿Do vais perdidas  
sin siquiera mirar al que os ofende?  
Tropa os persigue vil, que las heridas  
de frente hacer ó recibir no entiende,  
y que si vueltos hora os contemplara  
á vuestra vista de pavor temblara.»



## XLVIII

Dice, y se arroja y el corcel revuelve  
do Solimán arrolla sus trincheras,  
y en medio del estrago que le envuelve  
de sangre y polvo y armas y banderas,  
con el bruto y la espada abre y disuelve  
las más cerradas ásperas hileras;  
y de una banda y otra hace montones  
de caídos jinetes y bridones;

## XLIX

Y á saltos su corcel, sin que los toque,  
sobre yertos cadáveres camina.  
Aquí el fiero Soldán, que el duro choque  
ve venir, no se aparta ni declina;  
mas le sale á parar, y alto el estoque  
y en ademán de herir, se le avecina.  
¡Oh qué dos caballeros la fortuna  
de climas tan distantes hoy aduna!

## L

Dispútanse el valor y la fiereza  
aquí en espacio breve imperio inmenso.  
¡Ay! de esa lucha que horrorosa empieza  
¿quién dirá cuánto mal está suspenso?  
Prodigios de ardimiento y fortaleza  
que cubrió de la noche el manto denso,  
¡merecerais que un sol de luz fecundo  
os revelara al asombrado mundo!

## LI

En pos la grey cristiana de tal guía,  
tórñase audaz y con ardor guerrea,  
mientras al Soldán de la caterva impía  
escogida falanje le rodea.  
De un lado y otro con igual porfía  
á la par se mantiene la pelea,  
y hieren, ó alternando son heridos,  
triunfantes una vez y otra vencidos.

## LII

Como cuando en furor y en fuerza pares  
Aquilón y Austro chocan con bravura:  
ni ellos ceden, ni el cielo, ni los mares,  
de su quicio arrancando la natura;  
así en entrambos pueblos militares  
obstinado el combate y largo dura,  
y se opone con bárbaro despecho  
lid á lid, brazo á brazo, pecho á pecho.

## LIII

De la otra parte, en tanto, ni el litigio  
arde menor, ni en turba menos densa.  
Sobre las nubes escuadrón estigio  
del cielo cubre la extensión inmensa,  
y animando al infiel, que á tal prodigio,  
no ya en la fuga, en la victoria piensa,  
con la antorcha de Aleto á Argante inflama,  
que añade á la infernal su propia llama.

## LIV

La guardia á su embestida en fuga puso  
y en las trincheras penetró de un salto.  
De rotos miembros con montón profuso  
cegó la fosa y preparó el asalto;  
de sus soldados el tropel confuso  
vertiendo sangre le siguió hasta el alto,  
y cerca de él celosa iba Clorinda  
de que el riesgo mayor no se le brinda.

## LV

Ya de los francos desmayaba el brio,  
cuando Güelfo su grey subió al collado:  
él detiene el furor del pueblo impío  
y la fuga suspende del cruzado.  
Se chocan, lidian, y de sangre un río  
corre de este igualmente y de aquel lado.  
La vista, en tanto, al palestino suelo  
tendió desde su trono el Rey del cielo:

## LVI

Desde su eterno trono sin segundo,  
de do combate la maldad y el dolo,  
y presta vida y luz al bajo mundo,  
y le dicta su ley de polo á polo;  
en donde al fuego de saber profundo  
brilla con triple luz, mas uno y solo;  
do á la natura, al porvenir preside,  
y á los siglos y al tiempo que los mide.

## LVII

De vidas mil el perennal consumo  
de allí dicta, y salud eterna ofrece;  
desde allí como el polvo y como el humo  
los designios del hombre desvanece;  
y es tanto el brillo que le adorna sumo,  
que toda humana gloria él obscurece,  
circundado de santos inmortales,  
si no iguales en gloria, en dicha iguales.

## LVIII

De esos coros la célica armonía  
cantaba entonces su poder triunfante,  
cuando á Miguel llamó, que revestía  
la armadura de lúcido diamante,  
y le dijo: «¿No ves cómo porfla  
contra mi pueblo caro militante  
fiero Satán, y proclamando guerra  
su hueste saca á perturbar la tierra?»

## LIX

»Ve: dile tú que abandonar la cura  
de la guerra al guerrero me conviene;  
que del cielo no turbe la luz pura,  
ni el reino de los vivos envenene.  
Torne á la noche de Aqueronte obscura,  
digna mansión que por sus culpas tiene:  
que baje, yo lo ordeno, al hondo abismo  
tormento á dar y á atormentarse él mismo.»

## LX

Calla, y el jefe de la hueste alada  
 ante el divino pie dobla la frente,  
 y más que el pensamiento acelerada  
 tiende luego la pluma refulgente.  
 Pasa el fuego y la luz, que es la morada  
 gloriosa, inmóvil de la beata gente:  
 luego el puro cristal y el cerco mira  
 que, de estrellas sembrado, augusto gira.

## LXI

Á Jove y á Saturno ve rodantes,  
 con ley que desigual moverlos debe,  
 y á los que ciego el hombre llama errantes,  
 magüer que alta virtud los cria y mueve.  
 Llega luego á los campos rutilantes  
 de eterno sol, de donde truena y llueve,  
 do la suerte del orbe se apercibe  
 y en su acción eternal muere y revive.

## LXII

Volaba el ángel, y su frente de oro  
 los espacios vestía de esplendores,  
 y de sus alas el batir sonoro  
 disipaba la noche y sus horrores.  
 Así, anublado el sol, suele el tesoro  
 tras la lluvia esparcir de sus colores:  
 descende así de la gran madre al seno  
 estrella hendiendo el líquido sereno.

## LXIII

Y en el lugar do con soberbia suma  
 ayudan los precitos al pagano  
 párase, firme en la extendida pluma,  
 y les dice, blandiendo el fierro insano:  
 «Pudierais ya saber cuán recia abruma  
 del Rey del mundo la potente mano,  
 ¡ciegos, y en los tormentos espantosos  
 del castigo mayor aun orgullosos!

## LXIV

»¿Á qué luchar contra el poder benigno  
 que el fin señala de la infanda guerra?  
 Escrito está que ante el augusto signo  
 los muros de Sión caigan por tierra.  
 ¡Réprobos, id! Vuestro hálito maligno  
 infeste el antro en que el dolor se encierra,  
 y allí en los anchos ánditos siniestros  
 sean las lides y los triunfos vuestros.

## LXV

»La furia allí cebad, y en los malditos  
 que vuestro pecho se encrudezca y sude,  
 entre el crujir de dientes, y los gritos,  
 y el són de fierros que el furor sacude.»  
 Dice, y á los más rémores precitos  
 con la lanza fatal pincha y percude;  
 y ellos huyen gimiendo de las bellas  
 aulas de luz y fúlgidas estrellas.

## LXVI

Y llevan al abismo en raudo vuelo  
la pena, el llanto, la eternal congoja.  
No á los fríos primeros, por el suelo  
tanta otaño esparció pálida hoja,  
ni en turba igual pasa la mar y el cielo  
el ave que á otro clima enero arroja.  
Libre de ellos, la faz nublosa y negra  
cambia el mundo y ánimase y alegra.

## LXVII

Mas no de Argante cálmase el despecho,  
ni cólera menor le azota el flanco,  
aunque de Aleto atroz no es ya su pecho  
ni de los tiros infernales blanco.  
Vibra el fierro cruel do más estrecho  
mira y más combatido al pueblo franco,  
y al grande á un tiempo y al pequeño oprime,  
y la vil frente iguala á la sublime.

## LXVIII

Clorinda cerca de él, del nazareno  
con la sangre también el campo moja.  
Á Berenguer la espada hunde en el seno  
por medio al sitio do el vivir se aloja,  
y va el golpe á encontrarle tan de lleno,  
que sale por detrás tinta la hoja.  
Al buen Galo después la frente raja,  
y hiere á Albin por donde el pasto baja.

## LXIX

La diestra de Gernier, por quien herida  
fué primero, cortada arroja al llano:  
aun con trémulo dedo al fierro asida  
medio viva y fugaz brinca la mano,  
como cola de sierpe, que partida,  
por juntarse á su tronco pugna en vano.  
Mutilado Clorinda así le deja,  
y después contra Aquiles se apareja.

## LXX

Entre el cuello y la nuca el golpe asesta,  
y el garguero y los nervios ha cortado;  
con que al aire rodando va la testa,  
y ya en el polvo vil se ha revolcado;  
y aun el tronco infeliz se manifiesta,  
(¡oh vista horrible!) en el arzón clavado;  
mas sin freno el corcel botando arranca  
y le despide al sacudir del anca.

## LXXI

Mientras así la indómita guerrera  
las escuadras quebranta de Occidente,  
no destrozo menor Gildipa fiero  
hace de los paganos, á su frente.  
Semejante era el sexo y simil era  
en las dos el espíritu valiente;  
mas no á medirse llegarán; que el hado  
á enemigo mayor las ha guardado.

## LXXII

El cerco traspasar que las sujeta  
pretenden ambas rebotando en ira,  
mas Güelfo, allí presente, el fierro aprieta,  
y un revés á Clorinda entonces tira;  
la hiere un tanto en la cintura escueta  
y por su flanco resbalando gira:  
ella un golpe le torna repentino  
que á penetrar entre las costas vino.

## LXXIII

Otro Güelfo repite, y no la toca;  
que en esto cruza el palestino Osmida,  
y el acero fatal, que él no provoca,  
en la frente, á su paso, le abre herida.  
Pronto circunda allí gente no poca  
al noble Güelfo de su grey querida,  
y del sirio también la turba crece,  
con que la lid aumenta y se encrucece.

## LXXIV

La aurora, en esto, con fulgor escaso  
por el balcón de púrpura asomaba,  
cuando el fiero Argilán el libre paso  
fuera de su prisión al campo daba,  
y armado de las armas que al acaso,  
toscas ó bellas, en su ruta hallaba,  
con méritos de nuevo y bizarría  
sus culpas á enmendar se disponía.

## LXXV

Cual corcel que de establo primoroso  
do al uso de las armas se reserva,  
escapa libre por el prado hermoso  
alegre alzando la cerviz no sierva:  
ya entre la suelta grey se lanza airoso  
al río patrio, á la sabida hierba;  
ya el campo de su pie suena batido,  
ó de su cuello en alto al relinchido;

## LXXVI

Así viene Argilán. Su rostro espanta  
y su mirar intrépido y sublime.  
Leve es su salto, y tan veloz su planta,  
que huella apenas en el polvo imprime:  
No bien llega á la lid, la voz levanta,  
cual hombre ciego que el vivir no estime,  
y grita: «Gente vil, raza traidora,  
¿quién á tanta osadía os mueve ahora?»

## LXXVII

»Penosa carga son yelmos y escudos  
á los brazos del árabe cobarde,  
y avezados estáis, vagos desnudos,  
á que vida y honor la fuga os guarde.  
Sólo de noche en los desiertos mudos  
son vuestros hechos y guerrero alarde.  
Pues ya que la luz viene, ¿quién os libra  
del que con brío noble el arma vibra?»

## LXXVIII

Hablando así, con fuerzas tan atroces  
 en la nuez á Algacel un golpe envía,  
 que le seca las fauces y las voces  
 corta que á responderle disponía:  
 la muerte al infeliz en sus veloces  
 alas le cierra, el corazón le enfría;  
 cae, y al morir enfurecido aferra  
 con frágil diente la insensible tierra.

## LXXIX

Bajo sus armas luego Saladino  
 con Agrigalte y con Hasem perece,  
 y el cuerpo de Aldacil, allí vecino,  
 partido en dos por la cintura ofrece.  
 Rompe el pecho y derriba á Lariadino  
 y con duras palabras le escarnece,  
 y éste alzando la vista, entre singultos  
 así al morir responde á sus insultos:

## LXXX

«Quien quiera que tú seas, de esta muerte  
 no largo tiempo llevarás la gala.  
 Te espera el mismo fin: brazo más fuerte  
 ya el lugar á mi lado te señala.»  
 Él ríe amargo y dice: «De mi suerte  
 cuide el cielo; tú aquí la vida exhala.»  
 Calla, y la planta en el yaciente hundida,  
 le saca el fierro y á la vez la vida.

## LXXXI

Un paje del Soldán en la derrota  
 de los lanceros iba y flechadores,  
 en cuyos frescos labios aun no brota  
 ni el primer signo de la edad de amores.  
 Del sudor en su frente cada gota  
 brilla cual perla entre purpúreas flores,  
 y da hermosura el polvo á su cabello,  
 y el furor su semblante hace más bello.

## LXXXII

Monta un caballo de color más gaya  
 que el ampo de apenina intacta nieve,  
 que en lo rápido al viento pone á raya,  
 y es más que el mismo fuego pronto y leve.  
 Lleva asida del medio una azagaya,  
 y acero al flanco retorcido y breve,  
 do con bárbara pompa el diestro moro  
 sus esmaltes labró de grana y oro.

## LXXXIII

Mientras de un gozo nuevo los respiros  
 lanza el rapaz á quien la gloria encanta,  
 y corre por do quiera, y con sus tiros  
 turba las filas todas y quebranta,  
 cauto observa Argilán sus raudos giros  
 y el punto fijo en que el astil levanta;  
 y le sorprende, y el corcel le mata,  
 y es ya sobre él cuando de alzarse trata.

## LXXXIV

Y al suplicante rostro, el cual en vano  
de piedad con las armas se defiende,  
avanza atroz la inexorable mano,  
y el gran portento de natura ofende.  
Con más sentido el fierro y más humano  
volviéndose al caer, de plano hiende;  
pero ¿qué, si doblado el golpe fiero,  
de punta entró por donde erró primero?

## LXXXV

Solimán, cuya furia el poderoso  
Bullón cerca de allí tiene suspensa,  
deja la lid y corre presuroso  
al ver del joven la desdicha inmensa;  
y rompiendo el tropel, llega anheloso,  
á la venganza ya, no á la defensa;  
que ve (¡fiero dolor!) yacer tendido  
cual flor cortada á su Lesbín querido.

## LXXXVI

En tan dulce actitud caer pesante  
su cabeza, y girar sus ojos mira;  
y es tal su palidez, y su semblante  
piedad tan honda agonizante inspira,  
que ablandó el corazón que era diamante,  
y el llanto le arrancó de en medio el ira.  
¿Tú lloras, Solimán; tú, que impasible  
viste de tu nación la ruina horrible?

## LXXXVII

Mas viendo el arma hostil que en la batalla  
con la sangre del joven aun le insulta,  
cede la compasión, la furia estalla,  
y en el seno las lágrimas sepulta.  
Corre sobre Argilán; su yelmo talla,  
y el escudo primero en que se oculta,  
y hasta el pecho le raja. ¡Horrendo signo  
del furor de tal hombre, y golpe digno!

## LXXXVIII

Y no bien harto, al cuerpo ya aterido,  
del corcel desmontando, aun le hace guerra;  
cual mastín que la piedra que le ha herido,  
con afilados dientes torvo aferra.  
¡Oh de inmenso dolor afán perdido,  
enrudecerse en la insensible tierra!.....  
El Capitán en tanto del cristiano  
no el valor ni las fuerzas gasta en vano.

## LXXXIX

Mil turcos son allí, que de lorigas  
y de yelmos y escudos van cubiertos,  
de alto cuerpo insensible á las fatigas,  
de genio audaz y en la milicia expertos.  
De las falanjes del Soldán amigas  
reliquia son; con él á los desiertos  
de Arabia fueron, con afán contino  
compartiendo el rigor de su destino.

## XC

Cerrada y firme esa legión contiene,  
y poco cede ó nada al valor franco:  
Gofredo en ella embiste: el rostro ofende  
de Corcut y á Rostino pasa el flanco.  
Por detrás á Selim la nuca hiende  
y á Rosén de ambos brazos deja manco;  
y no sólo á éstos rinde, mas sangriento  
mata ó hiere en mil modos otros ciento.

## XCI

Mientras así á la hueste sarracina  
él embiste, ó sus ímpetus detiene,  
y en parte alguna cede ni declina  
la esperanza que al bárbaro sostiene,  
otra nube de polvo se avecina  
que ardiente rayo en su interior contiene,  
súbito de armas despidiendo un lampo  
que del infiel atemoriza el campo.

## XCII

Cincuenta brazos son, que en pura plata  
desplegan la purpúrea Cruz triunfante.  
No yo aunque el eco que Estentor dilata  
tuviera, ni cien pechos de diamante,  
decir lograra lo que hiere y mata  
ese tropel á su embestir pujante.  
Cae sin lidiar el árabe, y en surco  
de sangre espira combatiendo el turco.

## XCIII

La ciega rabia, la brutal porfia  
cunden por todo: el estandarte aciago  
se ve triunfante de la muerte impía,  
y do quira lucir de sangre un lago.  
Salido en esto el Rey con gente había  
presagiando al francés seguro estrago,  
y un alto ocupa á la siniestra banda,  
de do mira la lid y el campo manda.

## XCIV

Y pronto, al ver su gente cual se plega,  
de retirarse la señal prepara,  
y con mensajes dobles insta y ruega  
á Clorinda y Argante vuelvan cara.  
La indomable pareja hacerlo niega,  
aun de destrozos y de sangre avara;  
mas cede, y rechazar al franco ardiente  
busca y en orden retirar su gente.

## XCV

Mas ¿quién da ley al vulgo y amaestra  
el miedo y la ruindad? Ya un campo inmenso  
corre espantado, y lanza de la diestra  
dardo, espada y pavés, y huye indefenso.  
Entre el franco y Solima un val se muestra  
del occidente al mediodía extenso:  
por allí van en fuga, alzando oscuros  
nubarrones de polvo hacia los muros.



## XCVI

Mientras en desorden tal corren sin tino,  
 con ellos el cristiano horrendo faja;  
 mas viendo que con tropas Aladino  
 por ampararlos desde el alto baja,  
 no quiere Güelfo del mortal camino  
 al fragor exponerse y desventaja,  
 y allí pára. Su gente el Rey encierra  
 lamentando el revés de infausta guerra.

## XCVII

Hizo en tanto el Soldán cuanto le es dado  
 á humano esfuerzo en el fatal combate.  
 Todo es sangre y sudor; precipitado  
 anhelo hincha su flanco; el pecho late;  
 un brazo so el pavés yace abrumado;  
 el otro con la espada débil bate,  
 y esa rompe y no corta; que ya obtuso  
 el acero perdió de acero el uso.

## XCVIII

Párase al verse en tan penoso estrecho,  
 y en su mente revuelve perturbada  
 si deberá morir y del gran hecho  
 á otro el lauro quitarle con su espada;  
 ó ya, sobreviviendo á su deshecho  
 campo, salvar la vida atormentada.  
 «Venza, dice por fin, la suerte impía,  
 y sea su blasón la fuga mía.

## XCIX

»Que el francés con mis timbres hoy se ador-  
 mi espalda vea; el campo le abandono; [ne;  
 con tal que armado aun á turbar retorne  
 la paz del nuevo vacilante trono.  
 No cedo, no; que eterno me abochorne  
 Marte, y eterno durará mi encono.  
 Sombra insepulta, espíritu desnudo,  
 yo cada vez renaceré más crudo.»